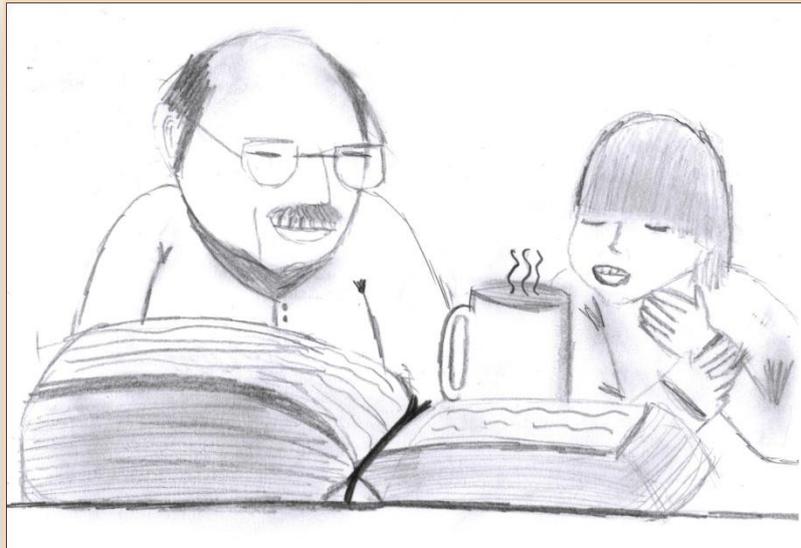




“El lado bueno de la crisis”

Ya está, ya no hay marcha atrás. Estoy sentado en el coche a la espera de que lleguen mis padres y me lleven al pueblo con mis abuelos. Esos abuelos a los que casi ni conozco y que en muy pocas ocasiones he hablado con ellos



por teléfono. Y todo por culpa de esta maldita crisis, que ha dejado a mis padres sin trabajo, y que ahora se tienen que ir a Francia a la vendimia, para traer un triste jornal.

Y yo, mientras tanto, con mis abuelos.

Ya hemos llegado a la casa. Me despido de mis padres y entro. Ni siquiera nos damos un beso, simplemente nos decimos: -Hola-.

La primera semana se me hace eterna, apenas he hablado con ellos, lo único que hago es estar encerrado en mi cuarto escuchando música.

La segunda semana es más amena. Acompaño a mi abuela a hacer alguna compra, voy con mi abuelo a las tierras que de joven cultivaba y a la casa en la que nació mi madre. Vamos entablando conversaciones y risas. Poco a poco se recortan las distancias entre ellos y yo, y vamos estrechando lazos.

La tercera semana me lo paso genial. Acompaño a mis abuelos a todos los sitios, y los ayudo a hacer la comida, vemos la tele juntos, y sobre todo, lo mejor: las historias que me cuentan por la noche a la luz de la luna, en la cocina de la casa, con un chocolate caliente y una manta que nos protege del frío de la noche del pueblo.

Esas historias son geniales, tratan de cuando eran niños y jóvenes, y, aunque algunas veces me cuenten lo mismo cambiando alguna cosa (porque la edad no perdona a nadie), a mí me da igual, y disfruto como la primera vez que me la contaron.

El domingo de la cuarta semana vienen a buscarme mis padres. Tenemos que volver a la ciudad porque mi padre ha encontrado un buen trabajo. Al despedirme de mis abuelos, me doy cuenta de cuánto me quieren y qué bien nos lo hemos pasado este mes, ya que me despiden con lágrimas en los ojos, y no paran de abrazarme. Me voy con mucha pena, pero les prometo que todos los meses voy a visitarlos, y en vacaciones pasaré algunos días con ellos. Siento que eso les llena de felicidad, y he de confesar que a mí también. ¡Quién me lo iba a decir! ¡La famosa crisis me ha unido a mis abuelos para siempre!

Autor: Mario Hurtado Hoyos. 3ºB
Ilustradora: Carla Urcaregui Salán. 3ºB